

# “OXID’ART”

CASTILLO DE REQUENA. VALÈNCIA, 2001

## Francesc Martí Rom El artista como bricoleur. Jordi González Llàcer

Es una primera visita al estudio de este artista singular que es Francesc Martí Rom, rodeado de una amplia muestra de diversas etapas, uno recibe la impresión aparentemente contradictoria de una gran diversidad de formas y materiales unida a la de una fuerte homogeneidad de sentido. Numerosos objetos, ensamblajes y construcciones de toda índole, dimensiones y composición material se distribuyen armoniosamente en el amplio y luminoso espacio de una antigua casa construida en piedra y ladrillo macizo del barrio barcelonés de Sant Andreu, donde Martí Rom lleva un cuarto de siglo consagrado a este raro oficio de la escultura.

Y escribo “escultura”, y no me refiero a otra cosa que a esta profesión casi extinta que practican unos pocos artistas enamorados de la forma, del volumen, de las cualidades táctiles y visuales de las cosas. Porque a pesar de la dosis de conceptualismo, de ironía, de crítica social o de contenidos de reflexión sobre el arte desde el propio arte, las obras de Martí Rom no pertenecen al ámbito de las instalaciones, al de la experimentación con técnicas multimedia o al de la creación de espacios expresivos con procedimientos no convencionales. Se trata de esculturas propiamente dichas, de creaciones tridimensionales que exprimen el lenguaje imperecedero de los volúmenes, de los juegos planos y texturas, de las combinaciones de llenos y vacíos que han sito propios desde siempre de este género, uno y principal entre las grandes artes visuales.

Sin embargo, las obras de Martí Rom no siguen las fórmulas tradicionales de esta disciplina. Ni siquiera sus materiales son habitualmente los de la gran estatuaria clásica europea (modelado en arcilla, fundido en bronce, talla en piedra), aunque los haya empleado con mayor o menor asiduidad en algunas ocasiones y en diversos momentos de su trayectoria de más de un cuarto de siglo. Estas estructuras de objetos engarzados, piezas metálicas o de madera y figuras compuestas con los materiales más heterogéneos desarrollan las vías abiertas por los grandes creadores de las vanguardias del primer tercio del siglo XX, especialmente el cubismo, el dadaísmo y el surrealismo.

Tres referencias principales afloran en universo plástico de Martí Rom: Picasso y su ingeniosa capacidad acrobática de transformar en obras de arte los objetos más banales; Miró y su denso mundo onírico lleno de libertad y de sabio candor; y el mal llamado arte “primitivo”, con sus formas esquemáticas y su hermetismo simbólico. Las tres tienen un denominador común especial, algo que cautivó a Martí Rom desde sus comienzos, cuando conoció y trató a Miró, descubrió a Picasso y entró en contacto con el universo de las máscaras y el arte africano. Las tres tienen en común cierta idea del artista como *bricoleur*, un tema que trae a colación el ensayo del antropólogo francés Lévi-Strauss titulado significativamente “El pensamiento salvaje”. Según este autor fundamental del estructuralismo, el mundo de los mitos en las culturas precientíficas constituye una especie de bricolaje de experiencias, intuiciones, figuras, alegorías, leyendas y arquetipos a través de los cuales las civilizaciones establecen un orden en el caos.

Algo semejante puede afirmarse de las obras Martí Rom, un escultor que se ha movido siempre en la síntesis entre las fuerzas destructivas y las constructivas, dignísimo heredero del sentido lúdico mironiano y de la imaginación plástica picassiana, mago de la descontextualización y artífice de una muy personal dignificación artística de los desechos de la sociedad de consumo a través del reciclaje. En los últimos tiempos y en las piezas que presenta en la actual exposición de Requena se ha reducido el registro de materiales a uno sólo, el hierro, quizás el principal soporte de la escultura

moderna a partir de Pablo Gargallo y Julio González. Sin embargo, las creaciones de Martí Rom continúan prodigando los ingeniosos juegos de ensamblajes y elementos soldados en los que aparece siempre una vieja herramienta reciclada, una pieza de ferretería aprovechada o engarzada en la estructura del conjunto de la obra, esa dosis de ready made, de objeto sustraído a su valor funcional y sometido a las leyes plásticas del collage, que está presente desde siempre en sus trabajos y que ahora se restringe a la mínima expresión.

Paralelamente, junto con una mayor sobriedad y homogeneidad de los materiales, en esta etapa reciente de la trayectoria del escultor se constata una mayor simplicidad formal, un proceso de reducción de planos y volúmenes a su expresión más esencial. Este signo típico de madurez que conduce inexorablemente a eliminación de todo lo superfluo en los procesos creativos de casi todos los grandes artistas de la historia se verifica también en Martí Rom. En cambio, persiste la duplicidad del juego temático que hace que estas obras sean simultáneamente figurativas y abstractas. El artista transita del objeto al sujeto y viceversa, del elemento prefabricado al motivo o, indistintamente, de éste a la pieza metálica idónea para su engarzamiento y elaboración ulterior. Unas veces la elección del tema precede a la búsqueda de los materiales; otras es el descubrimiento de una forma latente en el objeto la que suscita la selección del asunto. En uno y otro caso el resultado es equiparable. Martí Rom sale imperturbablemente airoso del reto casi alquímico de la transmutación de lo inerte, lo vulgar, lo desechable en ese objeto vivo y elocuente que es la obra de arte.